

Felipe Lázaro

UN SUEÑO MUY EBRIO SOBRE LA ARENA

"Una copa con alas: quien la ha visto"

José Martí

Dicen que el néctar de los dioses está vedado a los
hombres,
mas ellos confunden el almíbar con los jugos del destino.

Diría mejor:
copular con todo vaso lleno de sabiduría
que esperar la ansiedad de un tiempo no realizado.

Llegaría incluso a maldecir mi época
que dejar vacía una copa inconclusa.

Las grandes jarras hermanan brazos.
La intolerancia se disipa con un buen jerez,
cuyo aroma deslumbra a León de la Hoz o a Efraín
Rodríguez Santana.

Un trago de ron desatasca toda garganta enmohecida
o hace entonar a Bladimir Zamora su más preciado son.

Un buen whisky atesora un misterio
despejado por la palabra de Salvador Garmendia.
Y si es Jack Daniel's Louis Bourne entona canciones
de Shakespeare o Marlowe en las viejas tabernas
madrileñas.

Que decir de un helado vodka que despierta nuestros fantasmas.

O de las eternas rubias, negras o tostadas cervezas
-propiedad en exclusiva del ubicuo José Mario-
que enfrían suavemente todo hilillo de vida:
Un suspiro del alma atormentada,
que como volcán aflora pidiendo un tenue vals,
donde los títeres del Teuco Castilla
aparecen reales como la vida misma.

Y si el catire D' Jesús retrata el aura de la bohemia,
las botellas hablan de melancolía
y los cuerpos se vuelven transparentes.

Por eso un rioja vuelve aún más roja toda sangre
y "tinto en sangre" canta Carlos Contramaestre
Los pájaros fornican en la Catedral en una noche
salmantina.

La sabiduría adquiere tintes majestuosos
cuando Joaquín Ordoqui escancia un Ribera del Duero.

Los claretes de Valdepeñas suenan al clarinete D' Rivera
a cuyo compás Pío Serrano busca un rinoceronte perdido.

Un blanco catalán, preferentemente del Penedés,
hace bailar a Adriano González León una clásica
habanera.

Una jota celestial se convierte la sidra asturiana
con fabes y almejas mientras Waldo Balart pinta sus
cuadros.

La manzanilla de Cádiz hace helar los más sutiles
pensamientos

donde Rafael Soto Vergés y Antonio Hernández
juegan en la arena
como niños asombrados
por la tranquilidad del mediterráneo.

Y hasta el carajillo del mediodía despejará toda duda,
cuando César López prende su primer Cohiba
y Carlos Julio Báez brinda con el mejor ron dominicano.

El daiquirí en Floridita para saber la importancia de
llamarse Ernesto,
como el mojito en la Bodeguita,
con Pepe Prats y Antonio Pérez como comensales,
recordando al viejo Nicolás,
con sones montunos, yuca y congrí.

Y después de muchas penúltimas, siempre la penúltima,
al otro día, con un buen bloody mary,
un viejo danzón cantando por Barbarito
hará danzar a todas las hetairas del cielo.